

Agatha Mystery

Primera edición: marzo de 2011
Cuarta impresión: mayo de 2014

Título original italiano: *La perla del Bengala*

Textos: Sir Steve Stevenson
Editing: Mario Pasqualotto
Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi
Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: Cristina Sans
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé i Prats

Proyecto editorial de Dreamfarm s.r.l., via De Amicis, 53 - 20123 Milan, Italia

© 2010 Instituto Geografico de Agostini, S.p.S., Novara, por la edición italiana

© 2011 Paulino Rodríguez, por la traducción

© 2011 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95
08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Polig. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-480-2011
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3643-2

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

LA PERLA DE BENGALA

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Paulino Rodríguez



laGalera

SEGUNDA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra; tiene una memoria formidable.



Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mr. Kent

Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Tío Raymond

Fotógrafo naturalista y hábil encantador de serpientes.

DESTINO: INDIA - GOLFO DE BENGALA



OBJETIVO

Encontrar la famosa perla de Bengala, una joya muy valiosa robada en el templo de la diosa Kali, en la región del Ganges.

Dedicado a la memoria de Steve Irving

Doy las gracias a Enzo Samaritani y Parama Karuna Devi, que realizan actividades sociales y escolares en la región de Orissa, por sus valiosas informaciones sobre la India y su increíble diversidad cultural.



Un sábado por la mañana, a mediados de octubre, Larry Mystery se abrió paso entre los paraguas surgidos de la nada tras un inesperado chaparrón. En pocos minutos, Londres se había transformado en la metrópoli gris, sucia y fangosa de las novelas de Dickens.

Con catorce años, y flaco como un fideo, Larry era un adolescente como tantos otros, excepto por la extraña profesión que había elegido. Estudiaba para detective, aunque decía a todo el mundo que seguía un curso por internet para sacarse un diploma de márketing.

Sólo algunos miembros de su familia sabían la



verdad, y entre ellos estaba su prodigiosa prima, Agatha Mystery.

— ¡Ay, perdone! — dijo a una señora que se había parado ante el escaparate de una tienda de pelucas.

En su agitación, había golpeado el bolso de piel de gamuza de la señora, el cual, a consecuencia del choque, se le había desprendido y había caído en medio de un charco de color verdoso. Larry se apresuró a recogerlo, lo limpió con un gesto rápido y se lo devolvió.

— ¡Mire, ahora está como nuevo! — la tranquilizó con una ligera sonrisa avergonzada. Luego, prosiguió su camino sin prestar atención a las airadas protestas que se alzaban tras él. Sus amigos lo esperaban en la bolera de Hastings Street, y las agujas de su reloj señalaban ya veinte minutos de retraso.

Como de costumbre, Larry Mystery se lo había tomado con calma. Se había despertado muy tarde,



había dado unos mordiscos a un trozo de pizza fría mientras escuchaba música rap y había salido de su ático, en el último piso del Baker Palace, sin comprobar las condiciones atmosféricas.

Un error imperdonable en un londinense como él.

El temporal lo había pillado desprevenido. Primero había buscado cobijo bajo el toldo de una tienda, esperando que se tratara de una simple llovizna estacional. Pero la lluvia había empezado a caer cada vez con más fuerza, y Larry no se podía permitir perder más tiempo. Echó a correr y sólo se detuvo cuando necesitó atravesar un cruce con tráfico. Para entonces ya estaba empapado de los pies a la cabeza.

Semáforo rojo en Richmond Avenue, a tres esquinas de distancia de su objetivo.

Para recuperar el aliento, Larry se apoyó en una barandilla de hierro forjado. A lo mejor, sus amigos ya estaban calentando para el tradicio-





nal partido del sábado... Pero, entonces, ¿por qué todavía no lo habían llamado para preguntarle dónde se había metido?

Este pensamiento le hizo palidecer.

— ¡Oh, ostras! — gimió.

Registró nerviosamente los bolsillos de sus pantalones. Aparte de unos cuantos peniques, estaban vacíos. Entonces palpó el extremo de su bandolera, donde normalmente llevaba sujeto su valioso artefacto.

Parecía extrañamente ligero. Demasiado ligero.



Efectivamente, tampoco allí encontró lo que buscaba.

—¿Dónde lo he dejado? —gritó muy nervioso.

En la Eye International, la prestigiosa escuela para detectives donde estudiaba, había una única regla que se debía respetar: *no separarse nunca de las herramientas del oficio*. Y no se trataba del clásico equipo de investigador compuesto por lupas, micrófonos, transceptores y detectores varios. Todas esas funciones (y muchas más) estaban incluidas en un único dispositivo ultratecnológico llamado EyeNet.

Si había perdido su artilugio de última tecnología, Larry se había metido en un buen lío. Siguió palpando la ropa mojada por la lluvia, moviendo los brazos como un pulpo. Entre tanto, el semáforo se había puesto verde, y desde el otro lado de la calle llegó una nueva oleada de paraguas saltarines.



Sin moverse de la acera, Larry se llevó una mano a la frente y trató de reconstruir mentalmente los acontecimientos de la noche anterior. Había jugado con la Wii en el apartamento de Clarke y había vuelto a casa hacia medianoche, muerto de sueño. Se había dejado caer en el sofá, con el televisor encendido y aún vestido, y se había dormido. Pensándolo bien, no recordaba que hubiese colgado el EyeNet en el gancho que había sobre el sofá. Y esto sólo podía significar una cosa...

— ¡Clarke! — exclamó, en voz tan alta que los peatones que transitaban asomaron cautelosamente sus cabezas de debajo de los paraguas—. ¡Me lo dejé en el apartamento de Clarke!

Larry avanzó hacia la calzada de Richmond Avenue sin percatarse de que el semáforo había vuelto a ponerse rojo. Un estruendo de cláxones y bruscos frenazos acompañó su travesía, que milagrosamente no provocó un rosario de choques en cadena.



El policía que dirigía el tráfico le llamó la atención con su silbato. Larry ni siquiera giró la cabeza. El ansia por recuperar el EyeNet había puesto alas a sus pies.

Cinco minutos después llegó sin aliento a la bolera de Hastings Street y buscó a Clarke con la mirada. Todas las pistas estaban ocupadas, y se oía el sordo estruendo de las bolas que rodaban por el parqué.

Larry pasó por delante del sofá en el que estaban sentados sus amigos sin ni siquiera dirigirles el



amago de un saludo. Invadió la pista y dio un tirón al chaleco de Clarke justo cuando éste iniciaba su lanzamiento. La bola dibujó una trayectoria en diagonal y acabó en el carril lateral.

Cero puntos en el marcador.

— ¡Larry! — se enfadó Clarke—. ¡Iba a conseguir un *strike* y lo has mandado a la porra!

— ¿Sabes dónde está mi..., ehm..., mmm..., móvil?

— ¡Lo dejaste en mi casa!

— Bien; quiero decir, mal — dijo muy serio el joven detective—. ¿Podemos ir a buscarlo? ¡Ahora!

— ¡Mírate, Larry! ¡Estás hecho un desastre! — intervino el antipático de Mallory, con su pelo ensortijado que le caía por encima del jersey de marca.

Clarke y sus amigos se rieron por lo bajo.

Larry sabía perfectamente que estaba hecho un desastre: notaba su pelo pegado a las mejillas, la ropa le goteaba como un grifo averiado y sus zapatos dejaban marcas de barro en el suelo.



—Tranquilo, lo tengo aquí —dijo Clarke hurgando en su bolsa—. Es el móvil más grande que he visto jamás: un monstruo de móvil. ¿No va siendo hora de que lo cambies?

Larry pasó por alto la burla y exhaló un suspiro de alivio.

— ¡Uf, gracias, pero no puedo hacerlo! Es un regalo de mi padre y le tengo mucho cariño —mintió mientras apretaba el EyeNet con el puño cerrado como si quisiera ocultarlo. Luego tamborileó con los dedos sobre una bola y añadió con desenvoltura—: ¡Muy bien, dejad que me seque y os haré picadillo!

Camino de los vestuarios, Larry introdujo rápidamente el código en el EyeNet para activarlo. Se había quedado en *standby* durante medio día, y podían haber llegado comunicaciones urgentes de la escuela.

Una sintonía capaz de romper cualquier tímpano rasgó el aire. Tal como el chico había sospecha-



do, en la pantalla centelleaba de forma insistente el símbolo de la Eye International: ¡los mensajes de la escuela superaban ampliamente la decena!

Larry se limitó a leer el último de la lista, y una exclamación desesperada escapó de su boca:

—¿*Calcuta*? ¿En la India? ¡Sólo Agatha me puede sacar de este aprieto!

Sus amigos lo vieron salir corriendo como un rayo. Menearon sus cabezas y volvieron a jugar: estaban acostumbrados a las rarezas de la familia Mystery.